

¿QUÉ ESPECIE DE ESPACIO SERÍA EL ANALÍTICO?

José Assandri

Vivir en una habitación ¿qué es? Vivir en un sitio ¿es apropiárselo?
 ¿Qué es apropiarse de un sitio? ¿A partir de qué momento un sitio
 es verdaderamente de uno? ¿Cuándo se han puesto en remojo tres pares
 de calcetines en una palangana de plástico rosada? ¿Cuándo se han
 recalentado unos espaguetis en un camping-gas?

Georges Perec

El capitalismo mundial integrado ha sufrido una suerte de *lockout* a consecuencia del coronavirus. A la gran mayoría de nosotros, más o menos pertenecientes a ese capitalismo, afectados por este *lockout* (inconsulto como todo *lockout*), nos ha despertado diferentes reacciones¹. Trastocada abruptamente nuestra realidad, esa construcción mayormente imaginaria y simbólica en la que circulábamos, hemos bordeado las teorías conspirativas (¿imaginarizar lo real?) y también hemos recurrido de un manotazo a un manotazo de frases de Lacan (¿simbolizar lo real?). Formas distintas con las que hemos intentado atravesar diferentes momentos de este tiempo, cuando en realidad las especulaciones deberían estar matizadas con un cierto suspenso en tanto ha habido un agujero, al modo de un traumatismo. Como tal, en un tiempo a posteriori, muchas cosas serán resignificadas y recién entonces podrá medirse más exactamente qué hizo acontecimiento para cada uno y sus consecuencias.

Rápidamente varios analistas, en ese empuje al teletrabajo que se propuso como medida general a los inicios de la pandemia, pasaron todas sus consultas a las plataformas o al teléfono sin poder preguntarse lo suficiente de qué se trataba eso². Otros, resistieron a ese movimiento planteando que

¹ Salvo, por cierto, a los millonarios que, simplemente, lo han seguido siendo.

² Posiblemente, de manera diferente que frente a la invención de la perspectiva que en el siglo XV produjo Filippo Brunelleschi donde ilusión de un espacio en tres dimensiones logrado en tan solo dos fue una sorpresa, o el famoso tren de los hermanos Lumière, que les provocó a los espectadores el temor de ser arrollados en 1895, el pasaje al teletrabajo en nuestro tiempo ha pasado por ser natural, como si no hubiera trastornado radicalmente nuestro espacio cotidiano.

no es posible que un análisis pueda tener lugar por esos medios. Algunos, en los pasillos escasamente frecuentados por el distanciamiento social, señalaron que, por esos medios virtuales, con algunos analizantes, se habían producido cosas que no habían sucedido en los años anteriores de análisis. Nuevamente aquí debería imponerse la importancia del tiempo a posteriori para poder dar cuenta más precisamente de lo sucedido. El pasaje a lo virtual ha estado acompañado de un cierto anuncio de la muerte, la primera, la que los vivos tenemos más cercana y siempre tratamos de ocultarnos, más allá de que ninguno de nosotros sabe quién sobrevivirá³. ¿Acaso fue lo virtual lo que dio lugar a eso hasta entonces no dicho? ¿Esos dichos habrían surgido simplemente por estar al teléfono o en una pantalla? ¿Basta con decir algo? ¿De eso se trata el análisis? Es cierto que no hay garantías de que pueda saberse algo más, por empezar, no es posible en el campo freudiano hacer una investigación que tenga definido un objetivo de tal modo que se pueda avanzar de manera más o menos lineal, como sí es posible hacerlo en otros campos. Tal vez en algún momento, algunos casos abordados en profundidad, por añadidura, podrían darnos algún saber sobre estos asuntos. De todos modos, unas cuantas frases sueltas deberían quedar marcadas en una pizarra, a la espera de un saber que dé cuenta de ellas.

Por lo pronto, a pesar de que han existido las *hot-lines*, que hay porno virtual y *sexting*, una serie de modalidades por las que el erotismo se efectúa para muchos, o por lo menos, en algunos momentos, ha quedado demostrado que los medios virtuales pueden ser útiles, pero eso no quiere decir que sustituyan sin resto a eso que se llama presencial⁴. Tampoco parece que alcanza con haber sido nativo digital, sino que sería necesario un paso más: ser totalmente digitalizados⁵. Pero esta distinción, virtual-presencial, merece que nos detengamos un momento. Virtual, el sentido de esta palabra, es algo que potencialmente puede suceder o, simplemente algo que nunca sucederá, precisamente por ser virtual. La palabra no viene de virtud sino de *virtus*,

³ Es por esto que, más que *lockdown*, como habitualmente se nombra los efectos de la pandemia, preferimos el término *lockout*. La muerte es el amo absoluto, y el coronavirus es uno de sus CEOs, del mismo modo que la Guerra o el Hambre. El capitán Jair Bolsonaro sólo es un portero en este asunto.

⁴ Lo virtual ha mostrado que es posible generar una mayor alienación en la función laboral, y con eso, se ha puesto aún más en evidencia que el engranaje más problemático del capitalismo es el ser humano, cosa que ya había mostrado Charles Chaplin en *Tiempos Modernos*. ¿Será posible sacar consecuencias de eso?

⁵ Para algunos, ya vamos en ese camino, en aras de eliminar el disfuncional engranaje humano del capitalismo.

alude a la fuerza o voluntad de realizar una tarea por más que no se realice, según consignan los diccionarios. En lo que concierne al análisis, la virtualidad podría quedar como la voluntad de analizar o de analizarse, aunque no se lo haya hecho más que, virtualmente. El otro lado, el llamado presencial, como se sabe, tampoco podría garantizar que se efectúe un análisis. La insistencia en el tiempo a posteriori, en el caso a caso, alertan, una vez más, contra postulaciones contundentes hacia cualquier lado.

Como siempre sucede en estas situaciones imprevistas, cada uno puede hablar desde su lugar particular, y desde un momento particular de su particularidad (disculpen la reabundancia). Ciertos asuntos me empujaron a escribir lo que antecede y lo que sigue. Había recibido la propuesta participar en un congreso de FEPAL (Federación Psicoanalítica de América Latina, una organización de la IPA) que se realizaría en Montevideo en el 2020. La llamada pandemia no impidió que el mismo año me reiteraran la invitación para el congreso, a la postre, virtual. Haber dicho que sí las dos veces no me evitó la sorpresa cuando escuché el título de la mesa en la que me proponían intervenir: “La metáfora del desierto y la metáfora del camino”. La oportunidad me permitió demostrarme que podía hablar o escribir a partir de estímulos bastante imprevistos. Pero más interesante, luego de la intempestiva aceptación, fueron mis primeras ocurrencias: las novelas *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzati y *En el camino* de Jack Kerouac⁶. No abordaremos aquí la vida literaria de los personajes de cada novela, salvo para decir que Giovanni Drogo, frente al desierto, terminando su servicio militar, ya no tenía ningún motivo, aunque fuera mínimo, para esperar nada. Mientras que al final de su camino, Sal Paradise, llegó a la conclusión que nadie sabía lo que le va a pasar a nadie, salvo que todos seguiremos desamparados y volviéndonos viejos. Más allá de los distintos avatares de sus existencias, más allá incluso de los espacios que les deparó su existencia de papel, el final de cada uno no parece variar demasiado. ¿Aires de pandemia? Pero esa conjunción entre un congreso virtual y las ocurrencias

⁶ En la oportunidad el escrito que surgió para el congreso tuvo el título “Espacio literario, espacio analítico. (Primera versión)”. Allí hice un mayor desarrollo respecto al argumento de cada una de las novelas. Esta versión, siendo segunda (la anterior fue publicada en el libro virtual del Congreso) también ha cambiado de título.

literarias, hicieron que la cuestión del espacio insistiera, y me obligara a proseguir en el hilo de algo que reviste interés, es decir, cómo la virtualidad interroga qué especie de espacio⁷ sería aquel en el que se efectúa un análisis.

Tomar como punto de partida dos novelas abre a la importancia del “espacio literario”, conceptualización elaborada por Maurice Blanchot. Para él la literatura no era simplemente un relato en el que se cuenta un cuento, en el que se supone que leemos, negro sobre blanco, las fantasías de un autor. Durante la lectura de una novela el lector se deja llevar por las palabras, de tal modo que habita un espacio distinto al cotidiano. Blanchot planteó que lo importante de una novela no es el autor, aquel cuyo nombre permitiría reconocer un texto, o un estilo, o una época, sino que importa la creación de eso que llamó “espacio literario”. Es más, en referencia a la “presión persecutoria” afirmó que el escritor, “allí donde hay obra, no lo sabe” (p. 21). Si al lector le es posible dejar un poco de lado el argumento o el desarrollo de una historia, se podrá percibir que se trata, sobre todo, del clima que genera una escritura. Un lenguaje que crea un espacio, un mundo fuera del pensamiento o del razonamiento corriente. Al leer, si el lector entra en ese espacio, no se le ocurrirá nunca exigir ninguna lógica, simplemente lo habitará en el tiempo que dure la lectura. Se trata de escrituras donde opera una soledad esencial, escrituras que no ilustran una verdad ni buscan dar respuestas a algo, sino escrituras donde se problematizan algunas cosas, escrituras que relatan búsquedas del ser, de sensaciones, de experiencias. Este planteo de Blanchot da cuenta de la posibilidad para un lector de leer textos de muy variada factura, pero vale la pena señalar que, para entrar en distintos “espacios literarios”, el lector debe deponer su persona. Nada de lo que sucede alrededor, ni su propia vida, importa cuando alguien lee un relato, incluso, la identidad del lector se pierde cuando entra en “espacios literarios”.

Un par de años después de publicado el libro de Blanchot, se conoció el libro de Gaston Bachelard, *La poética del espacio*. La fenomenología de

⁷ Este sintagma nos es brindado por Georges Perec, que bajo el título *Especies de espacio* escribió desde la página, pasando por la cama, la habitación... la calle, el barrio... el país, Europa, el mundo, hasta llegar al espacio. Claro que sin olvidarse de referir al diván como un espacio particular, ya que él mismo lo había habitado.

Bachelard no apuntaba al clima literario, sino que buscó dar cuenta del espacio en relación a la imagen. La creación poética produce espacio a través del poder de la palabra. Si bien el sueño puede ser un lugar de creación, Bachelard prefirió el ensueño, porque éste se abraza con el recuerdo, porque para él se trata de la intimidad de la interioridad, del “rincón del mundo” (p. 34), de la “esencia casa” (p. 35). De allí emerge una simbólica cuyas variaciones son el sótano, la buhardilla, el universo, el cofre, el cajón, el armario, el nido y la concha marina. Sin embargo, la dialéctica del adentro y el afuera es afectada por la dialéctica de lo abierto y lo cerrado, con lo cual, alguien puede estar encerrado afuera, y, al contrario, abierto en una interioridad. Toda esa simbólica del espacio, en la medida que una palabra no tendrá nunca un solo y mismo sentido, no es estática sino móvil y paradójica. Para Bachelard, “el hombre es un ser entreabierto” (p. 261), por lo que la puerta (abierta, cerrada, arrimada), resulta una imagen clave. Aun así, postuló que “el ser es redondo”, una formulación que, para él, podría abrir camino a una metafísica concreta y a la vez, permitiría “despsicoanalisticarnos” (p. 275). El “psicoanálisis” al que recurrió Bachelard estuvo marcado con el nombre de Carl Jung. De todos modos, su cuestionamiento a toda esa hermenéutica adentro-afuera, que ha estado tan presente en el campo freudiano, tiene su pertinencia. Si bien para él lo que importaba era la intimidad interior, con rasgos claramente imaginarios, el espacio poético se crea, se abre, se invagina, se dispersa, se cierra, puede ser habitable u hostil, pero no es absolutamente cerrado.

Henri Lefebvre, alguien que ha sido calificado como el “último marxista alegre”, en su libro *La producción del espacio*, partió de la observación de que, desde “las hazañas de los astronautas, tras los cohetes interplanetarios, el espacio se puso indiscutiblemente ‘de moda’” (p. 53)⁸. Dentro de lo que sería esa “moda”, criticó los “espacios absolutos” de Bachelard y también de Martin Heidegger. En Bachelard, por el lugar central que le dio a la casa en su poética del espacio. En Heidegger, porque con la morada del ser, aunque consideró al tiempo, le dio a la producción un sentido restrictivo. Es allí

⁸ El espacio extraterrestre, al abrir a la posibilidad de espacios impensados, no dejó de generar la sospecha de que todo era utilería, y que Neil Armstrong no habría sido el primer humano que pisó la luna en 1969, sino que todo se trató de un montaje en un estudio cinematográfico.

donde el espacio importa para Lefebvre (pp. 174-75). El espacio sería algo que se produce, pero no en el sentido poético ni especulativo, sino que se trata de la producción en el sentido económico, y cómo esa producción determina de qué tipo de espacio se trata. Si el capitalismo mundial integrado ha incorporado el ocio para hacerlo redituable, los espacios creados para recreación van a estar determinados por la utilidad y el beneficio de aquellos que detentan el dinero y el poder. Como la arquitectura militar, fortificada, amurallada, es un paradigma de la apropiación del espacio (p. 273), en la llamada Latinoamérica (p. 202), el barroco fue un estilo en el que se manifestaba el poder político en un espacio conquistado. La famosa carrera espacial no fue otra cosa que una competencia por nuevas conquistas. Otros fenómenos como la arquitectura delirante de Gaudí, corroen el poder eclesial con la alucinación poética de Isidore Ducasse, y lo transforman. Para Lefebvre, sabemos desde Vitruvio que la forma arquitectónica debe convenir con la función (p. 195), y que el espacio no debería concebirse como un medio neutro y vacío, lleno de objetos inertes, sino que es un campo de fuerzas repleto de tensiones y distorsiones. Alguien informado como Lefevre no desconocía el psicoanálisis, en particular, a un tal “Jean Lacan” (p. 232). Es por eso que afirmó: “El espejo permite eludir la tendencia del lenguaje a romper el cuerpo en trozos, según Lacan, pero fija al Ego en una rigidez en lugar de indicar una trascendencia hacia y en un espacio práctico y simbólico (imaginario).” (p. 232) Sus críticas a Lacan y a otros como Roland Barthes o Jacques Derrida, es deben a que, “en esta escuela [sic] cada vez más dogmática (el éxito ayuda), se comete corrientemente ese sofisma fundamental por el cual el espacio de origen filosófico-epistemológico se fetichiza y lo mental envuelve la esfera social con la física.” (resic, p. 67).

(Arquitectura)

En 1931, en un pequeño texto titulado “Espacio”, Georges Bataille afirmó: “desgraciadamente el espacio ha seguido siendo un sinvergüenza y es difícil enumerar lo que engendra. Es discontinuo como un estafador, para gran desesperación de su papá filósofo.” (Bataille 2003, p. 64) La cuestión del espacio y la arquitectura tuvo un lugar particular en el recorrido de Bataille. Para él la arquitectura tenía relación al poder, al gasto, a la muerte, y la ironía del “papá filósofo”, concierne a los fallidos intentos de teorizarlo, y, por lo

tanto, los fracasos en la voluntad de administrarlo.⁹ Habitualmente se considera que es al arquitecto a quien le corresponde demarcar ciudades, delinear espacios domésticos y públicos, determinar cómo se abren o se cierran esos espacios, cómo se comunican entre sí. Y aunque Vitruvio, en su canónico libro *De Architectura*, planteó que el arquitecto es omnisciente, dado que en su oficio debe abarcar una gran cantidad de saberes, sin embargo, a pesar de ese saber, el malestar con el espacio no ha dejado de estar presente. Y esto se lee, por ejemplo, en las declaraciones del arquitecto contemporáneo Rem Koolhaas:

La arquitectura desapareció en el siglo XX; hemos estado leyendo una nota a pie de página con un microscopio, esperando que se convirtiera en una novela; nuestra preocupación por las masas nos ha impedido ver la “arquitectura de las personas”. El “espacio chatarra”¹⁰ parece una aberración, pero es lo esencial, lo principal... el fruto de un encuentro entre una escalera mecánica y el aire acondicionado, concebido en una incubadora de Pladur [...] La continuidad es la esencia del “espacio chatarra”; este aprovecha cualquier invento que permita la expansión, despliega una infraestructura de no interrupción: escaleras mecánicas, aire acondicionado, aspersores, barreras contraincendios, cortinas de aire caliente... Es siempre interior, y tan extenso que raramente se perciben sus límites; fomenta la desorientación (los espejos, los pulidos, el eco) ... El “espacio chatarra” está sellado, se mantiene unido no por la estructura, sino por la piel, como una burbuja. (Koolhaas 2017, p. 72)

Ante el olvido de la “arquitectura de las personas”, Koolhaas arremetió contra la arquitectura contemporánea y su moda de añadidos ornamentales de los edificios compuestos por un 13% Roma, un 8% Bauhaus; un 7% Disney y un 3% *art nouveau*; también se volvió contra los aeropuertos, “gulags de consumo”; contra los “empretenimientos” de las noticias, de los dinosaurios, de las montañas rusas y los payasos; contra los baños públicos convertidos en almacenes Disney; contra el espionaje que se le hace a cada hombre, cada mujer y cada niño, para luego separarlos en segmentos por franjas de seguridad, todos “despojados de privacidad a cambio del acceso a un nirvana de crédito” (p. 92). Sus declaraciones contra el “espacio chatarra” y sus continuidades de espejismo tienen una causa:

⁹ Denis Hollier en su libro *La prise de la Concorde* (*La toma de la Concordia*, el título refiere a la histórica plaza en París), abordó la cuestión del espacio y la arquitectura en la obra de Bataille.

¹⁰ El texto, fue titulado en inglés “Junkspace”, por lo que modificamos la traducción al español ya que se tradujo como “espacio basura”. En nuestro Río de la Plata corresponde “espacio chatarra”, de hecho, *junk* no es lo mismo que *trash*. La chatarra son restos de algo que se conservan en algún lado porque se supone que aún pueden tener algún tipo de utilidad, cosa que no necesariamente pasa con la basura. Agradezco al arquitecto German Kreimerman haberme hecho conocer este libro.

Cuando pensamos en el espacio, sólo miramos sus contenedores. Como si el propio espacio fuese invisible, toda la teoría para la producción de espacio se basa en una preocupación obsesiva por lo opuesto: la masa y los objetos, es decir, la arquitectura. Los arquitectos nunca pudieron explicar el espacio; el “espacio chatarra” es nuestro castigo por sus confusiones. (p. 73)

El espacio definido desde la superficie y los contenidos, para Koolhaas, ha sido la trampa en la que cayó la arquitectura. De todos modos, aunque el aire acondicionado sostiene la continuidad del “espacio chatarra” para que cada uno pueda vivir “en un *jacuzzi* perpetuo con millones de tus mejores amigos...” (p. 74), estaría la posibilidad de que “el espacio se excave en el ‘espacio chatarra’ como si este fuese un pringoso bloque de helado que ha pasado demasiado tiempo en el congelador” (p. 88). La imagen del helado no parece muy prometedora, porque la cuestión sería con qué tipo de cuchara excavar en el “espacio chatarra” para extraer el espacio, dificultad aún mayor si tenemos en cuenta que hay una múltiple interrelación y determinación entre el sujeto, los objetos y el espacio.

El poeta, lingüista y ensayista peruano Mario Montalbetti incursionó en la arquitectura tomando, desde su formación de lingüista, algunas propuestas de Lacan. A punto de partida de la frase de Lacan “el sentido indica la dirección hacia la cual él fracasa”, parafraseándola, formuló “el sentido indica la dirección hacia la cual el muro fracasa”. (Montalbetti 2009, p. 3) Mientras el fracaso del sentido (que no es la significación) es suponer que se ha alcanzado un objeto supuestamente indicado por el sentido, en el caso del muro, cuya proyección de sentido se establece como una línea, fracasa cuando se detiene en el encuentro con otro muro. La articulación de un muro con otro, para Montalbetti, sería como la puntada del capitoneado que entonces empuja a una significación (esto sería el comedor, esto sería un dormitorio, aquello el baño...), su fracaso sería cerrar un espacio englobando un sentido imaginario y acotando el espacio¹¹.

Esta forma de plantear el espacio determinada por lo simbólico, podría ser tan insuficiente como puede serlo la imaginarización del espacio de la fracasada arquitectura contra la que se rebeló Koolhaas. Si ninguna teoría

¹¹ Montalbetti, desde su perspectiva lingüística/lacanianana, ha publicado conjuntamente con el arquitecto belga J. Stillmann el libro *Lacan arquitectura*, y en conjunto con otros arquitectos *Pour-quoi est il difficile parler de architecture?* Tal vez por su extracción lingüística sus formulaciones toman base en lo simbólico.

arquitectónica, aun la que tenga la mayor de las buenas intenciones, asegura que alguien habite el espacio según fue proyectado, es porque a los sujetos les suceden cosas con los lugares al tiempo que, con su presencia, los transforman. Sin que sea válido apresurar hipótesis, la ocupación de un lugar no es algo simplemente nominativo ni de orden funcional, ni sólo imaginario ni sólo simbólico. Los lugares soportan los usos a los que son abocados y son trastornados por los usos, por las fantasías que pueden haberse engendrado en distintos momentos, y el fracaso del muro en la arquitectura, su curiosidad simbólica señalada por Montalbetti, o la preocupación por el estilo en Koolhaas, que señala la continuidad imaginaria de los espacios como un problema, estas dos vertientes, no parecen alcanzar para dar cuenta de la problemática.

Cierta historia, en la que estuve involucrado, puede iluminar otros aspectos. El lector juzgará su utilidad. Un sobrino y su pareja resolvieron reformar la casa. Esperaban un hijo. Ella es arquitecta y vivían con una hija de él de unos veinte años. Hacer lugar a ese nuevo vástago obligaba a una reforma, el espacio no era suficiente. En su proyecto, la habitación de la pareja se conectaría al baño existente para que ésta quedara con baño en suite, comodidad que toda pareja ansía, de la intimidad de la cama a la discreción del baño, y todas las variantes. Pero, como la habitación no era muy grande, planificaban derribar las dos paredes exteriores y reconstruirlas de modo que resultara más amplia. La habitación del niño por nacer y otro baño se construirían de nuevo en el extremo opuesto de la casa. Pero lo que generaba más problemas era la cocina, si cambiarla de lugar o no, con todos los cambios que eso implica de electricidad y sanitaria, y por supuesto, tampoco estaba resuelto el espacio que sería el living, porque también había que decidir qué hacían con la habitación de la hija mayor. Tirar paredes exteriores de la habitación de la pareja, añadir un tramo de techo nuevo adosado al viejo, eran operaciones que, además de engorrosas, podían terminar en algo bastante contrahecho. Conocido ese proyecto, seguramente con otra idea del espacio, les sugerí que dejaran tal cual la habitación de ambos, que allí fuera a vivir la hija mayor, que las habitaciones nuevas (incluida la de la pareja con baño en suite) las hicieran juntas en el otro extremo, y, la que era habitación de la hija, la eliminaran para constituir el living que entonces tendría un lugar central con la cocina, tal cual estaba, integrada a ese espacio.

Sin duda que cómo se proyecta una vivienda pueden ser muy opinable, pero en el caso en particular de una reforma, importa qué lugares permanecen, cuáles se modifican, qué se agrega. El advenimiento de un nuevo vástago trastornó los lugares que, hasta entonces, habían estado establecidos. Pero planificar una reforma a partir del lecho nupcial se reveló como un punto de partida fallido. Era necesario, primero, poder desocupar lugares, desalojar la habitación original de la pareja y también de la hija mayor, para poder elaborar nuevas proyecciones. Esto involucraba otras operaciones, que no eran métricas ni dependían de concepciones de acondicionamiento térmico ni lumínico. Operaciones de las que no siempre se está seguro del resultado. De hecho, se podría decir que mi idea de la reforma no consideró qué efectos podía tener en la hija mayor ocupar la habitación que había sido de la pareja. ¿De qué manera podía afectarla estar en ese lugar donde su padre y una mujer (que no era su madre) concibieran un hijo, a la postre, su medio hermano? Tiempo después, la joven abandonó la casa.

La “propiedad” de una habitación, o más bien de un lugar, por un lado, es nominativa. Se sabe y se dice de quiénes son las habitaciones, pero también, por otro lado, las imágenes operan para que ese lugar lo “ocupe” su propietario. Nada más elocuente en este sentido que la habitación de una adolescente, con imágenes, afiches, posters, dibujos que invaden las paredes. Además de las imágenes, y del desorden adolescente que no es más que otro orden, también hay algo que se puede llamar presencia. Tal vez son objetos, tal vez es otra cosa no muy definida (muchas veces, el olor el que marca un umbral), pero que provocan sensaciones extrañas cuando se entra en ciertos lugares, sensaciones que no dependen sólo de los nombres ni de las imágenes, parece que resta algo en algún rincón, en el aire, donde menos se imagina y que tampoco se puede nombrar.

El “espacio analítico”

La formulación “espacio analítico” tuvo cierto éxito en el campo freudiano, posiblemente marcado por el libro de Serge Viderman, *La construction de l'espace analytique (La construcción del espacio analítico)* publicado en 1970. ¿Cómo se constituía ese espacio para él? En un apartado titulado “El diseño del campo analítico” (pp. 40-44), afirmó que el análisis implicaba una simetría: de un lado la asociación libre, del otro la atención flotante; de un

lado la palabra, del otro el silencio; de un lado el diván, del otro el sillón... Este curioso forzamiento a una “simetría” se conjuga con la idea del analista como espejo. No habría otro modo de entender esa división en dos lados sino por una especie de inversión especular, porque, de hecho, no hay ninguna simetría, si no, todo lo contrario. Y aunque Viderman acepte que toda la ascesis que pueda realizar un analista no podría evitar que sea un espejo deformante, su planteo está determinado por la idea de que, en ese “espacio analítico”, se reproduzca el “espacio psíquico”, y de la manera más precisa posible, de allí el énfasis en la simetría. Y más exactamente, para que emerjan en el “espacio analítico” las fantasías y retoños de traumas que habitan al paciente, sería necesario:

[la] discreción y borramiento (progresivo porque no son tan claramente exigidos en los primeros tiempos); los caracteres particulares de un encuentro donde el ceremonial estrictamente reglado es fijo y casi inmutable; la ausencia de toda relación extra analítica; la vida personal del analista lo más oculta posible (y hasta su rostro); la irrealidad de una relación donde el encuentro es tan acogedor y no carente de un toque de misterio a sabiendas destinada a permitir al psicoanalista, en condiciones óptimas, asumir con la menor distorsión posible, todas las funciones que el paciente quiere asignar... (p. 41, la traducción es nuestra)

Aunque todo esto parezca reducirse a reglas técnicas para que pueda desarrollarse un análisis, hay aquí una definición del “espacio analítico”. Estas postulaciones merecen ser discutidas, no solo por su generalidad sino también por el carácter de deber con el que están teñidas. Ciertamente el espacio analítico funciona como una especie de caja de resonancia, donde las palabras, los signos, los silencios alcanzan la posibilidad de hacer existir y hacer visibles todo eso que de otro modo no lo sería. Pero el asunto es que, para Viderman, la función de estos elementos sería permitir el cruce de las fantasías particulares de cada sujeto con las fantasías originarias, universales y determinantes para todos los seres. Entonces el análisis se efectuaría cuando ambos tipos de fantasías se “esclarezcan y se estructuren en una unidad de sentido que la interpretación termina de suturar.” (p. 339)

Esta forma de concebir el espacio implica que el analizante (o más bien, el paciente), debería adaptarse para que se produzca ese traspaso de lo que habita un “espacio psíquico” al “espacio analítico”, y, sobre todo, la exclusión de “exterioridades” que pudieran provocar supuestas interferencias. El espacio que se constituye, consistentemente imaginario, responde a una idea del análisis y a una concepción de la cura: la

reconstrucción de la historia de alguien a través de una catarsis que permita integrar todos los traumas que insisten bajo el modo de la repetición. Esto es explícito desde la primera página, cuando se lee “la recuperación de la memoria gracias a que el pasado es reconstruido”. Para Viderman el fin del análisis no difería de lo que había definido Freud como objetivo del método catártico (p. 14). Es esta definición del “fin del tratamiento” la que determina lo que debe ser el “espacio analítico”. El juego de la transferencia y la interpretación, orientado por la brújula de la contratransferencia (consecuencia lógica de esta concepción cerrada del análisis), tendría como finalidad el establecimiento de un sentido a esas repeticiones, y no haría falta hurgar demasiado para encontrarse con un ideal de normalidad y adultez como punto de llegada. Todo esto implica que el “espacio analítico” está concebido a la medida de una serie de a priori teóricos, pero, sobre todo, reducido imaginariamente a lo que puede demarcarse por los ejes cartesianos, que, mediante la esterilización del orden euclidiano, se supone que permitiría acoger los dolores y la transferencia de cualquiera. Sobre todo, importa esto último, sea quien fuera el analizante o paciente, el analista borraría del mismo modo su persona para poder operar.

Objeciones

El testimonio de Gabriela Liffschitz respecto a sus experiencias analíticas, dado a conocer en su libro *Un final feliz (Relato sobre un análisis)*, tiene el valor que plantear algunas objeciones. Ella había pasado por varios consultorios “freudianos” a lo largo de diez años:

En mis análisis anteriores -freudianos todos- yo ingresaba -tanto al consultorio como a los contenidos que serían allí dirimidos- a una puntualidad -sobre todo del sentido de lo dicho-, a una hora precisa que sufría diferentes amonestaciones de no ser cumplida. “Respetada” será la palabra elegida por ellas, mis psicólogas. Entonces, un horario respetado, un tiempo destinado para mí, una exclusividad, y un espacio, del que sería siempre la única protagonista; un lugar indefinible e impersonalmente mío. Por ese rato, claro. (Liffschitz 2009, p. 25).

Ella tenía la impresión de que habían hecho el esfuerzo para que ella nunca se cruzara con otros pacientes. Casi podría decirse que toda esa asepsia relatada por Viderman se había puesto en juego, de tal modo, que, fuera del consultorio no había más un exterior puro y llano con el que no tenía nada que ver el análisis. Este “espacio analítico” ha sido en general delimitado

repetidamente bajo el nombre de “encuadre”, una referencia fotográfica que no es casual, ya que implica un recorte definido de un espacio y del tiempo que pretende excluir, dejar fuera del objetivo (fotográfico), y, por lo tanto, fuera de cuadro, lo que a priori se considera inconveniente. No sólo este a priori atenta con la llamada libre ocurrencia, sino que habitualmente se agrega otra exigencia: el propio paciente debería cuidar de “respetar” y no “atacar el encuadre”, lo que supondría que él mismo no incluyera aquello que, quien sabe con qué criterio, podría ser considerado impertinente. En estas concepciones del “espacio analítico”, en la medida en que se intenta prefigurar lo que debería suceder, termina siendo un espacio cerrado, saturado a priori, y termina siendo inhabitable. Para Liffschitz, comenzar un análisis “lacaniano” implicó que percibiera diferencias con aquellos consultorios “freudianos”:

Ya había pasado por divanes varios. Incluso de chica le había prendido fuego a alguno que otro fregadero o jugado al despedazamiento de muñecas ya despedazadas, que uno no quería despedazar, pero que instado a ello con tanto ahínco y vista luego la sonrisa de satisfacción de la psicóloga, digamos que era una práctica a la que uno, aún con seis o siete años, accedía. Todo por complacer. Sin embargo, nomás iniciar este tratamiento [con un analista lacaniano] ya dudaba, ¿de qué se trataba? Lo que sucedía en el consultorio desde la llegada misma a una sala de espera (¡sala de espera!!!) hacía que no pudiera poner a este análisis en serie con los demás. (pp. 24-25)

Liffschitz constató que en “aquellos otros consultorios -que claro carecían de sala de espera” (p. 25), los “consultorios freudianos”, no sucedía lo que se encontró en la sala de espera del “consultorio lacaniano”¹²:

Allí los pacientes nos amontonábamos sin ningún registro en el orden de llegada, lo que creaba todo tipo de situaciones: rivalidades, miradas cargadas de sentido, incluso comentarios, resoplidos y una desesperación sumisa, silenciosa, que como única actividad hacía girar los ojos sobre el reloj. (p. 26)

Para Liffschitz, en la sala de espera no había tiempo, “había turbación, ansiedad, incluso somnolencia, pero atemporal.” (p. 36) Era un lugar que se constituía con pacientes a los que el analista citaba a la misma hora, pero que, dependiendo de los días y los horarios, las escenas que se componían variaban, desde aquellas cargadas de tensión hasta otras que parecían un

¹² Esta distinción “freudiano”/“lacaniano” fue marcada por Liffschitz como algo cargado políticamente. Importa saber, al menos, que esta cuestión política tiene raíces en sus antecedentes trotskistas, y no quiere decir que quien esto escribe participe de esa polarización.

“cotolengo” donde casi todos se conocían (p. 43). Además, en la sala de espera, el analista “lacaniano” hacía jugar la espera de un modo particular:

Recuerdo la taquicardia que me daba el sonido que producía la traba de la puerta del consultorio; cuando se escuchaba, de alguna manera todo en la sala de espera se modificaba. Estaban los que se hacían los distraídos, los que al contrario aprontaban sus cosas porque pensaban que ahora les tocaba a ellos, y estábamos los que nos daba taquicardia.

Se paraba viéndonos y a veces recorriendo con la mirada a todos, como si nos eligiera, o dirigiéndose sin dudar a alguien en particular, hacía una especie de invitación con la cabeza, un gesto leve, casi imperceptible para alguien ajeno al rito, pero no para mí. Controlaba la escena y contabilizaba ansiosa sus equivocaciones, que no tardaba en remarcar cuando me llegaba el turno; a veces al pasar, de modo inocente y no intencionado; a veces delineado el error con una precisión del verdugo; y en general en el más molesto y monocorde tono de la queja. (pp. 44-45)

El valor del testimonio de Liffschitz está, no sólo en plantear diferencias entre lo que podría ser su experiencia de un análisis “freudiano” y un análisis “lacaniano”, sino que, esa sala de espera, resulta un rasgo diferencial. Una sala de espera en un consultorio “freudiano”, para Liffschitz, tendría como función que alguien se sentara a esperar la hora, simplemente por haber llegado temprano a la sesión. Es posible conjeturar que ese modo de operar del analista “lacaniano”, el juego de la mirada, o la alteración del orden simbólico que daría un lugar para cada uno, primero el que llegó primero, segundo el que llegó segundo, etc., puede generar sospechas de una imitación de lo que hacía Lacan. Seguramente Liffschitz no lo sabía, para ella era algo absolutamente novedoso y le provocaba efectos. Entre esos efectos, para cumplir con lo que llamó su rito de “ir a análisis”, durante un tiempo, Liffschitz necesitó de “un amante que funcionaba como puente.” (p. 44). En ese vínculo, ninguno de los dos eran amantes por la presencia de una tercera persona, sino que eran amantes en tanto se sostenían, cada uno, en relación a sus “fobias”. A él le “quedaba cómodo” y no necesitaba salir; y para ella, “él me llevaba a análisis; porque vivía muy cerca del consultorio de Chamorro, yo arreglaba para verlo -o trataba de arreglar- la noche anterior al día que tenía sesión. Usaba los encuentros con él como puentes de llegada al análisis.” (p. 111) ¿Debería extrañar que, durante cierto tiempo, alguien tuviera necesidad de un recurso de este tipo para concurrir a su análisis? La palabra “fobia” que Liffschitz utilizó no debe entenderse como un diagnóstico psicopatológico, sino como un signo de cierto objeto que se manifestaba en el espacio, y al mismo tiempo, ella buscaba resolver la relación con ese objeto a través del espacio. Si el amante era utilizado como

un paso que permitía dar el paso siguiente, llegar a la sesión en dos tiempos, “verlo” al amante la llevaba a “ver” al analista, esa secuencia podría manifestar que el divalente objeto en juego en su “fobia” tenía que ver con la mirada¹³. Pero, lo que aquí importa es que, si el apartamento del amante fraccionaba el espacio para permitirle llegar al consultorio, era porque ese apartamento, para ella, cumplía con la condición de estar en un espacio común con el consultorio.

Luego de un tiempo de analizarse, Liffschitz recomendó su analista a dos amigas. Las tres lograron tener sesiones el mismo día en la mañana, de tal modo, que les fuera posible encontrarse entre sesiones en el bar que quedaba a una cuadra del consultorio. Allí, entre otras cosas, hablaban de su analista. Se contaban las sesiones, debatían sobre lo que habría generado tal o cual sesión, hasta llegar a planificar un “relato visual”:

La idea era que cada entrega iniciara con una sesión o corte de sesión y tratara sobre ese tema -las madres, los hombres, el trabajo, etc.-, de ahí se pasaba a las escenas protagonizadas por personajes que nos representaran -es decir tres mujeres completamente distintas-, cada uno con su historia, sus características y sus personajes secundarios. (p. 74)

Importa aquí preguntarse si las conversaciones con las amigas/analizantes en el bar no podrían haber sido la continuación del análisis por otros medios. Si el análisis “lacaniano” podía comenzar en la sala de espera, si el amante/puente le permitía llegar al análisis y las conversaciones en el bar se relacionaban con la salida de las sesiones, ¿hasta dónde el espacio en juego en un análisis puede reducirse al consultorio? En cierta medida el bar, como el apartamento del amante, también estaban marcados como espacios relacionados con el consultorio. Y si bien la experiencia y el relato de Liffschitz son absolutamente singulares, y para nada se trata de promover esos dichos, hay en ellos una enseñanza.

De otro modo, el lugar

El espacio postulado por Viderman, casi se podría decir que concuerda con el espacio experimentado por Liffschitz bajo el nombre de “freudiano” que

¹³ Hemos abordado en Liffschitz algunas cuestiones en torno a la mirada en “Epifanías de la mirada”.

le generaba efectos distintos que ella llamó “lacaniano”, por más que ambos pudieran invocar la llamada regla fundamental. En la medida en que no hay manera de recurrir a la experimentación para el psicoanálisis, la particularidad de cada caso y de cada analista lo impide, el relato de Liffschitz adquiere valor porque no está marcado por intencionalidad de discernir sobre los efectos del espacio para el análisis. Que ella haya caído en la cuenta de que había dos espacios distintos, el “freudiano”, cerrado, aséptico y el “lacaniano”, semiabierto o moebiano y actuado, muestra entonces su valor. Si el espacio puede resultar algo relevante conviene, por lo menos, no dejar caer demasiado rápido la pregunta por qué especie de espacio sería el que conviene al análisis.

Por más que Freud escribió sobre una primera y una segunda tópica, sobre sus relaciones con la realidad o el mundo exterior, no encontramos en sus libros las palabras “espacio” y “analítico” juntas. Podría decirse que Melanie Klein, en la medida que abrió el juego a los niños, necesitó generar una noción de espacio distinta, más a la medida de los desplazamientos de sus pequeños pacientes. Y no sería casual que ella propusiera lo que llamó identificación proyectiva. Este concepto, formado por la identificación y la proyección como mecanismos o técnicas que postuló Freud y que, de algún modo, parecen sostener la distinción entre lo que ella llamó mundo interno y mundo externo, en la medida en que une la identificación con la proyección rompe con esa misma separación. Hay algo que el sujeto pone afuera, proyecta, al mismo tiempo que se identifica con eso puesto en el otro¹⁴. Para Klein desde la paranoia y la esquizofrenia hasta la vulgar empatía, podrían ser explicadas por la identificación proyectiva.

No sería casual que un inglés, Donald Winnicott, siguiera de algún modo ese linaje con el planteo de los fenómenos transicionales y el espacio transicional. Vale decir, ciertos objetos o fenómenos que se ubicarían en un espacio intermedio entre el ser y el mundo que lo rodea los llamó objetos transicionales. Y sus elaboraciones llegaron al punto de señalar que la

¹⁴ Véase al respecto “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” y “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé” en *Desarrollos en psicoanálisis*, Hormé 1971, Buenos Aires; y “Sobre la identificación” en *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, Hormé 1979, Buenos Aires.

cultura, para él, era un espacio transicional¹⁵. Pero, en estas formulaciones, el énfasis en el desarrollo con la idea de un origen puede generar malentendidos, tanto como sostener esa polaridad mundo interno/mundo externo, cuestiones que conllevan la idea de desarrollo, es decir, esos puntos de partida siempre terminan con la fijación de un punto de “madurez” como algo a alcanzar.

Es un lugar común señalar la preocupación de Jacques Lacan por el espacio. Basta recordar para esto el interés que le prestó a objetos topológicos como la banda de Moebius y la botella de Klein, artefactos que rompen con esa idea de interior/exterior, que fracturan la concepción de espacios cerrado; o el uso de los nudos como otro modo de poner en cuestión la intuición que tenemos del espacio. Pero también la cuestión del objeto *a* forma parte de la cuestión espacial, y conviene aquí recordar la relación que el propio Lacan hiciera entre su invención y la invención de Winnicott, objeto *a* y objeto transicional. Algo entre sujeto y Otro, algo que altera la idea de agente y determinación, algo que es de una interioridad exterior para el sujeto, una posesión no-yo.

(Filosofía)

En la historia misma de la filosofía, ha habido otras concepciones del espacio sobre las que conviene saber. Y un modo de entrar en ellas es a través del libro de Jacques Derrida, *Khôra*¹⁶. Su punto de partida es el diálogo *Timeo* de Platón. Allí aparecen dos nombres para el espacio: *topos* y *chôra*. Estos nombres permiten plantear de otro modo la cuestión del espacio, hacen evidente que la historia ha privilegiado el *topos*, es decir, dónde están las cosas. Esto parte de las evidencias del sentido, porque para ir al supermercado, nadie calcula su viaje pensando que la tierra es redonda, para nada es necesaria otra concepción del espacio más que la que nos indica la percepción simple. Sin embargo, cuando vamos a un espectáculo, y alguien se ha sentado en el asiento que no le corresponde porque nos ha sido asignado

¹⁵ Para el caso puede leerse *Realidad y juego*, traducción Floreal Mazía, Gedisa, Barcelona, 1993.

¹⁶ Derrida adopta una grafía particular diferente a la común, *khôra*, pero la mayoría de los estudios utilizan *chôra*. Hemos prestado atención a estos asuntos a partir de los trabajos de Jean Allouch en *No hay relación heterosexual* y de Georges-Henri Melenotte *Freud de incógnito. Danza con Moisés*.

ese número y ese no sería su lugar, se pone en juego otra cosa. Además del lugar físico de una butaca hay otro lugar en juego, un lugar simbólico. Esta simple constatación ya abre a que no hay una sola perspectiva en cuanto al espacio.

En el *Timeo*, Platón nombró *chôra* como otro modo de entender al espacio en el que, más que donde están las cosas, su particularidad están en ¿por qué es necesario un dónde? Esta palabra, *chôra*, y lo que ella cercaba, históricamente cayó en el olvido, aunque eso no implicó que la problemática estuviera ausente. Derrida señaló que *chôra* no es *sensible* ni *inteligible*, pertenece a un tercer género, un género que, además, desafía el principio de no-contradicción (Derrida 2011, p. 16). También excede la oposición entre *mito* y *logos*, sin embargo, *chôra* “da lugar”. En la dificultad de traducir el término griego, una serie de nombres son convocados: “lugar”, “sitio”, “emplazamiento”, “región”, “comarca”, o, también, puede hacer emerger una serie de figuras como “madre”, “nodriza”, “receptáculo”, “portamatriz”. Sin embargo, *chôra* no tiene esencia, para Derrida se sostiene sólo de su nombre (p. 24), o, en todo caso, los *skhemata*, “son las formas que la informan” (p. 26), porque no se trata de una cosa a la que le corresponda un artículo, ni un género, ni una cantidad, ni un tipo, ni una especie. *Chôra* recibe todas las determinaciones sin poseer ninguna propia. Esto implica que “la expresión *dar lugar* no remite al gesto de un donador, soporte u origen de algo que vaya a darse a alguien.” (p. 35) Pero *chôra* tiene un sentido político, es un “lugar *investido*, en oposición al espacio abstracto.” En cierto modo querría decir “sitio ocupado por alguien, país, lugar habitado, sede designada, rango, puesto, posición asignada, territorio o región.” (p. 51) Esto último señala la dificultad de tomarla como un espacio vacío o geométrico, o como lo que prepara para el espacio cartesiano. Ni de los sofistas o poetas, pero tampoco de los filósofos o políticos, es un “espacio neutral de un lugar sin lugar, un lugar donde todo se marca pero que, ‘en sí mismo’, está sin marcar” (p. 52). Todo esto que plantea lo que se puede entender por *chôra* redobla una serie de preguntas: ¿qué es el lugar? ¿A qué y a quien da lugar? ¿Qué es lo que tiene lugar bajo ese nombre?

Brisson planteó que *chôra* era “el medio espacial” como “aquello *en lo cual* aparecen los fenómenos” al mismo tiempo que como “aquello *de lo cual* están constituidos” (Citado por Allouch 2019, p. 248) “El tema de la *chôra*

en el *Timeo* de Platón desemboca en una aporía: ese tercer término del ser, a la vez huella y matriz del devenir, y que no es ni el ser absoluto ni el ser relativo, al final queda impensable.” (Berque 2013, p. 41) Una familia de sentidos en *chôra* sería el espacio o lugar atributivos de un ser cualquiera, físico o social, “del orden del ser o del estar, como los distinguiría el español” (p. 45). Otra familia de sentidos sería más concreta o singular como la comarca o el territorio, que en la antigua Grecia tenía que ver con una cierta *polis*, vale decir, la parte rural, el campo que provee a quienes habitan dentro de las murallas. Esa campaña nutricia en la que está la *polis* y sus alrededores, para Berque, es “la estancia del ser (como se dice en castellano)” (p. 49).

En esta cuestión que distingue lo que sería *topos*, dónde están las cosas, y la *chôra*, que trata de ¿por qué es necesario un dónde?, podría decirse que ha estado presente en pensadores como Martin Heidegger¹⁷ en el campo artístico y arquitectónico y Alain Badiou¹⁸ en la política. Allouch llegó a afirmar que las elucubraciones topológicas de Lacan podrían tener como nombre “chôralogía” (Allouch 2019, p. 246 y 251), una manera de decir que las problemáticas de *chôra* estaban planeadas en términos inadecuados, es decir, cifradas en el *topos*. En definitiva, las manipulaciones topológicas de Lacan no tenían como función hacer avanzar la topología como disciplina matemática, sino que era una puesta en cuestión de la idea de espacio como lugar común en el campo freudiano.

El espacio y el psicoanálisis, entonces

No ignoramos que antes de los tiempos de la COVID 19, muchos han tenido la experiencia de utilizar los medios virtuales, sea con analizantes que han

¹⁷ Heidegger en *El arte y el espacio*, tomó como guía una frase de Lichtenberg, quien afirma que los proverbios encierran mucha sabiduría. Para el caso, “hacer lugar”, “cuidar el lugar”, “no hay lugares”, “estar en lugar de”, “un lugar en el mundo”, etc., etc., muestran que hay algo más que una cuestión física en el espacio.

¹⁸ Para Badiou, el “sitio” es el espacio necesario para que sucedan las cosas. Véase *El ser y el acontecimiento*. Agradezco a Marcelino Viera el indicarme estas referencias de Heidegger y Badiou.

viajado al exterior de su país, sea en momentos de enfermedad.¹⁹ Pero una cosa es algo excepcional, que depende de situaciones especiales y otra lo que sería el método analítico atravesado por una tecnología virtual que provoca otros efectos.

Como parte de lo que es el espacio en el análisis se puede comenzar por los consultorios de los analistas. Son espacios en los que hay elementos que podrían ser bastante comunes, como es el caso de un diván, sillones, escritorio, biblioteca. Pero, más allá de eso, hay otros elementos que tendrán las particularidades de cada uno, difícilmente homologables de unos a otros. Los adornos, cuadros, fotos, hacen al diseño y alhajamiento muestran que hay un dominio de ese espacio (Lefebvre), una marca de posesión en el que alguien, un analizante, entra y es afectado por ella por más que eso no sea explícito. Por otro lado, hay toda una fenomenología que se presenta en algunos analizantes en referencia al espacio físico del consultorio que no ha pasado desapercibida. Si bien no podría elaborarse una clasificación de esos fenómenos porque en definitiva son muy singulares, es posible enumerar extremos como la angustia que emerge en algunos, en ciertos momentos, cuando se acercan geográficamente al lugar de las sesiones, o el desconocimiento de los cambios en el consultorio, de la decoración, de los muebles, incluso, los cambios en la fisonomía del propio analista. O, por el contrario, surgen problemáticas insospechadas por el mero hecho de cambiar la locación del consultorio. Todas estas cuestiones hacen evidente a los analizantes que entran al espacio de un otro/Otro al pasar el umbral del consultorio. Y esto se puede hacer más evidente cuando, en la virtualidad, no sólo el diván desaparece, sino que, además, el analizante se mantiene en su espacio, en su dominio espacial físico, no se daría, en ese sentido, un pasaje al espacio del otro/Otro. Y en los casos en los que se emplea la videollamada, el analizante elige qué mostrar al analista, fabrica su escena, incluso, puede variar en distintas oportunidades, lo que no pasa desapercibido. Y también el analista se ve coaccionado a decidir con qué imagen de fondo sucederá la escena o las escenas en la virtualidad.

¹⁹ Incluso, según se dice, se llega a utilizar cuando algunos pacientes están llegando tarde a la sesión. Esto último no lo hemos podido confirmar, pero según parece, podría ser una práctica en Buenos Aires.

Por otro lado, en tanto que la palabra ocupa un lugar primordial en el análisis, cabe la pregunta de hasta dónde la poética de la palabra que crea espacios (Bachelard) a partir de lo que se escucha y se dice en presencia, se mantiene como posibilidad en la virtualidad. Incluso si se mantiene a pesar de los tropiezos que se pueden generar tanto al teléfono como en la videollamada, a pesar de la incertidumbre que cada tanto aparece de si el analista está verdaderamente “escuchando” y no ha quedado “congelado” a causa de un fallo en la virtualidad. Esa interferencia de esa otra cosa que no está al alcance ni del analista ni del analizante, afecta el tiempo del decir, más allá que algunos apliquen esa falacia extraña llamada “tiempo real”²⁰. Pero, además, eso tercero opera bajo el modo de la posibilidad de otro oído en juego, la eventualidad de que eso dicho por un analizante pueda no ser secreto, que pueda ser grabado y escuchado por otros a través de las redes. Si bien la cuestión de lo público y lo privado es algo que el psicoanálisis rompe, otra cosa es que suceda sin que el analizante tenga posibilidades de resolver o hacerse cargo de eso escuchado fuera de lugar. En ese punto el espacio del otro/Otro, del analista, es puesto en cuestión por el medio, en el sentido material y técnico, en que se produce una sesión.

En la experiencia de cada analizante, entrar en un espacio que no es familiar, y por más que ese espacio llegue, a fuerza de repetición, a ser conocido, se hace evidente que un espacio no es sólo dimensiones euclidianas, es olor, ruidos, tiempos, y cierta presencia, depositada en el analista o en el lugar, que es difícil de clasificar. Pero si el consultorio es el lugar por excelencia para que transcurran las sesiones, esto no resulta sólo del espacio que ofrece un analista, sino también, de aquello que el analizante coloca en ese espacio. Es por eso que toda la cuestión de la *chôra* tiene su importancia. No se trata sólo del lugar donde ocurre una sesión, sino que esa cuestión que abre la *chôra*, la pregunta de por qué es necesario un dónde, tiene que ver con el objeto en juego en la sesión, o en distintos tramos del análisis, o en su extensión en el tiempo al fin. La relación entre un espacio ofrecido por un

²⁰ Tómese nota que la virtualidad de internet produjo este engendro en oposición a las expresiones “en vivo y en directo”, o “en simultáneo” que eran las que se empleaban con la radio y la televisión. Tal parece que la idea de “tiempo real” tendría como función darle otro peso a esa virtualidad, por más que siga siendo virtualidad y no algo “real”.

analista, y ese objeto que surgiría en el espacio común entre analista y analizante sería lo que determina que el *dónde* sea con tal o cual analista. Lacan hizo una formulación en su seminario *La angustia* que va en ese sentido, señalando la importancia de no dejar de lado toda una dimensión no menos importante, que es precisamente lo que puede aparecer, lo que está incluido, latente, en la posición del analista, donde yace, en el espacio que lo determina, la función del objeto parcial. (Lacan, 9 de enero de 1963, citado por Allouch 2004, p. 25)

En esta sesión del seminario se trataba de la transferencia, pero también, un poco más adelante, habló del “campo o espacio analítico”. Importa esta formulación, un espacio que determina al analista, y que lo determina en función de un objeto llamado *a*. Es necesario retener esta cuestión, porque fue en relación a ella que Allouch elaboró la invención de la palabra *encarpación*, encarnar y ocupar un lugar (Allouch 2019, pp. 241-255)

Tal vez sea de alguna utilidad considerar el espacio para el análisis tomando nota de las conceptualizaciones sobre la heterotopía de Michel Foucault. Sus planteos sobre el espacio, apoyados en la heterología de Bataille, apuntan a señalar que hay lugares otros, lugares en los que se producen cuestiones que no tienen nada que ver con lo cotidiano²¹. Esos lugares, tienen sistemas de aperturas y de cierre con respecto al espacio circundante (Foucault 2010, p. 28), y pueden ser calificados de “contraespacios” en tanto se oponen al espacio común y corriente, y suceden en otro tiempo que la cotidianidad. Un bello ejemplo sobre esos espacios diferentes puede captarse en lo que Foucault invocó para los niños, en los días jueves, en “la gran cama de los padres”:

Es sobre esa gran cama de donde se descubre el océano, porque uno puede nadar allí entre las mantas; y además, esa gran cama es también el cielo, ya que se puede saltar sobre los resortes; es el bosque, porque uno se esconde; es la noche, puesto que allí uno se vuelve fantasma entre las sábanas; es el placer, por último, porque, cuando vuelven los padres, uno va a ser castigado. (p. 20)

²¹ No debe ser casual que, un año después de la conferencia con la que postula sus formulaciones, “Las heterotopías”, en 1967, Foucault diera una conferencia bajo el título “Espacios diferentes” en el *Cercle d'études architecturales*. Como sus planteos no salieron de la nada, conviene recordar que Foucault había publicado en 1963 *El nacimiento de la clínica*, en 1966 *Las palabras y las cosas*, y ya se orientaba a los estudios que darían lugar a *Vigilar y castigar*. Además de Bataille, Foucault también se apoyó en Bachelard y Blanchot para sus planteos.

Pero el propio Foucault planteó a su ejemplo una salvedad, y es que los niños no inventaron nada, fueron los hombres los que inventaron a los niños contándoles cuentos a los oídos (p. 21). Pero no deja de ser interesante esta fantasía de “la cama grande de los padres”, porque, en definitiva, muestra que esto de entrar en el espacio del otro/Otro, está también unido a la fantasía llamada de la escena primaria, esa fantasía donde alguien entra en el antro del otro/Otro²². Recuérdese aquí la problemática suscitada por la reforma de una casa señalada más arriba.

Foucault, como Lefebvre, señaló que se estaba en la época del espacio. Y en relación a eso planteó que, a diferencia del tiempo, que había sido desacralizado, el espacio seguía siendo sagrado, algo visible en las oposiciones entre espacio privado y público, espacio de la familia y social, espacio del trabajo y de las distracciones, espacio cultural y útil (p. 67). Pero, a contrapelo del planteo de Bachelard que se abocó al espacio del adentro, para Foucault importaba el espacio del afuera (p. 68). Esos espacios del afuera no se tratan de utopías²³, sino de espacios como los de las sociedades primitivas, lugares de crisis en los que se incluyen a las mujeres con la regla, a las embarazadas, a los púberes, que, en nuestra cultura han ido desapareciendo, aun cuando se conservan, por ejemplo, en los colegios internados, el servicio militar para varones, la iniciación sexual en los hombres que sucede en otro lugar que no es familiar, o el viaje de bodas, un lugar también lejano de lo familiar para que ocurra la desfloración. Esas heterotopías de crisis han sido suprimidas por las heterotopías de la desviación, como la prisión, las casas de reposo, los hospitales psiquiátricos, pero también los lugares de ocio, porque el tiempo libre también constituye una desviación.

Algunas heterotopías, como los cementerios han tenido distintos usos a lo largo de la historia y los cambios culturales. En nuestro tiempo, hay heterotopías como el cine, en las que se pueden yuxtaponer, en un mismo lugar, distintos espacios (p. 75). Y también hay heterotopías en las que, además de esa cuestión espacial, también se dan heterocronías dado que

²² Tomamos de Allouch esa formulación, “antro”, planteada en relación al entre y la escena primaria.

²³ Curiosamente, Foucault les da a los espejos el estatuto a la vez de utopía y heterotopía (p. 70).

también hay una ruptura con el tiempo habitual. Pero, mientras que los museos y las bibliotecas son heterotopías heterocrónicas que buscan acumular el tiempo, las fiestas y las ferias son crónicas, no buscan eternizarse sino que son en sí mismas, efímeras. Pero uno de los rasgos que importan en las heterotopías es su función, en tanto buscan crear un espacio de ilusión que denuncia al espacio real como una ilusión (p. 79), como los prostíbulos y las colonias en la época de la colonización. Para esto último el ejemplo son las Misiones jesuíticas en el Paraguay. Pero la heterotopía ejemplar ha sido la nave, ese espacio cerrado y flotando en el agua ha sido la mayor reserva de imaginación y aventura que ha tenido la historia.

¿Podría el dispositivo analítico ser considerado una heterotopía? Un espacio cerrado, un tiempo fuera del tiempo común, un lugar para que los sueños puedan tomar otra forma, la posibilidad de la libre ocurrencia cuando el mundo prescribe qué se puede decir y dónde se puede decir, un lugar donde se pueda decir lo que no se puede decir en ningún otro lugar (distinto a la confesión en tanto que no se trata de decir un secreto sino de que algo pueda llegar a decirse), también un lugar al que se llega por algún tipo de crisis, y del que se espera que tenga un final, pero sobre todo, si un análisis es una erotología de pasaje, en tanto pasaje, bien puede colocarse entre las heterotopías. ¿Hasta dónde estas cuestiones podrían estar en juego en lo que se llama virtualidad? ¿El fin de un análisis podría efectuarse por ese medio? Si lo que llamamos objeto *a* es algo que aparece cercado por las tres dimensiones, real, simbólico e imaginario, ¿sería posible que se ponga en juego a través de los bites? Como fue enunciado al comienzo, aún el tiempo no permite decir sobre esta y otras cuestiones.

La cama es uno de esos extraños lugares en que se está en posición grosso modo horizontal. Las otras tienen un uso mucho más especializado: mesa de operaciones, banco de sauna, tumbona, playa, diván de psicoanalista...

Georges Perec (*Especies de espacio*, del capítulo "La cama")

Bibliografía

- Allouch, Jean, *La sombra de tu perro. Discurso analítico discurso lesbiano*, traducción de Silvio Mattoni, Ediciones literales-El cuenco de plata, Buenos Aires, 2004.
- Allouch, Jean, *No hay relación heterosexual*, traducción Jorge Huerta, Epeelee, México, 2019.
- Assandri, José, “Epifanías de la mirada”, en <https://e-diccionesjustine-el.net/wp-content/uploads/2020/06/Figuras-de-lo-unheimliche.pdf>
- Bachelard, Gastón, *La poética del espacio*, traducción de Ernestina de Champourcin, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.
- Bataille, George, *La conjuración sagrada*, traducción de Silvio Mattoni, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2003.
- Berque, Augustin, “La chora en Platón”, traducción Jorge Huerta, en *me cayó el veinte* n° 27, México, 2013.
- Blanchot, Maurice, *El espacio literario*, traducción Vicky Palant y Jorge Jinkis, Editora Nacional, Madrid, 2002.
- Buzzati, Dino, *El desierto de los tártaros*, traducción Esther Benítez, Alianza, Madrid, 2019.
- Derrida, Jacques, *Khôra*, traducción Horacio Pons, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2013.
- Foucault, Michel, *El cuerpo utópico. Las heterotopías*, traducción de Víctor Goldstein, Nueva Visión, Buenos Aires, 2010.
- Kerouac, Jack, *En el camino*, traducción Martín Lendínez, Editorial Anagrama, Barcelona, 1989.
- Kerouac, Jack, *En la carretera. El rollo mecanografiado original*, traducción Jesús Zulaika, Editorial Anagrama, Barcelona, 2009.
- Lefebvre, Henri, *La producción del espacio*, traducción Emilio Martínez, Capitán Swing Libros, Madrid, 2013.
- Liffschitz, Gabriela, *Un final feliz (Relato de un análisis)*, Eterna cadencia, Buenos Aires, 2009.
- Melenotte, George-Henri, *Freud de incógnito. Danza con Moisés*, traducción Graciela Leguizamón, Editorial me cayó el veinte, México, 2020.
- Perec, Georges, *Especies de espacios*, traducción Jesús Camarero, Montesinos, España, 2007.

Videman, Serge, *La construction de l'espace analytique*, Gallimard, Paris, 1970.